



Francisco Natera, S. J.

NADA alivia el espíritu tan íntimamente como la comprensión. Una familia hacinada en el agobio de su cuchitril necesita comprensión. El obrero que vuelve sudoroso del trabajo, la esposa, los hijos, todos encerrados en una pequeña habitación realquilada... Aquello es cocina, comedor, dormitorio, cuarto de aseo. Sólo cabe una mesa y una cama para todos.

Una familia así necesita comprensión. Puede y debe saber que tiene un Padre de gran corazón que piensa en ella. Un Padre común, Pío XII, que a todos nos llama la atención sobre el

sufrimiento de muchos hombres sin casa ni hogar.

El hecho: una herida que se encona

“¿Se podrá concebir una previsión social de más urgencia? ¿Cuán penoso es ver a los jóvenes que han llegado a pensar en formar una familia y que deben esperar años y más años sóloamente a causa de la falta de vivienda con peligro de que en esta espera enervadora todos terminen por marchitarse moralmente!” (1).

Se casan. Prescindiendo de los casos de agobio absoluto, rara es la familia modesta que dispone de más de dos o tres habitaciones. Como indicamos al comenzar, allí se debe desarrollar toda la vida del hogar. Con frecuencia carecen de los más elementales servicios higiénicos.

Ya en 1951 había ochocientas mil familias españolas sin casa adecuada. Los técnicos calculan que construyendo ciento diez mil viviendas anualmente, tardaremos treinta años en superar el déficit actual. Pero, basándonos en estimaciones oficiales, comprobamos que

(1) *Ecclesia*, 1949, II, pág. 146.

PIO XII Y EL PROBLEMA

a pesar del esfuerzo realizado, no se ha sobrepasado la cifra de setenta y dos mil viviendas construidas en 1956.

La herida no cicatriza; se encona y gangrena.

Causa: desequilibrio económico

El problema tiene profundas raíces. Señala Su Santidad "el desequilibrio entre los pueblos acreedores y los pueblos deudores" (2). Y añade que "las vicisitudes de la guerra y de la post-guerra lo han llevado a un punto tal de gravedad, que en un porvenir próximo, la mayor parte de las naciones se verán obligadas a orientar según una dirección más o menos exclusiva, su producción; y, por consiguiente, el trabajo, la explotación del suelo y la inversión de los capitales" (3).

Las economías rotas se ven obligadas a orientar sus inversiones hacia los sectores de mayor productividad. De ahí que el problema de la vivienda esté en razón directamente proporcional a la quiebra económica de la nación (4).

Economía amorai

La vivienda es una necesidad como lo es la nutrición y el vestido. En estado de necesidad todo hombre tiene derecho a "recibir de una economía moral y dirigida a su fin próximo, sobre

(2) *Ecclesia*, 1949, I, pág. 397.

(3) *Ecclesia*, l. c.

(4) Para no pocos un plan de 110.000 viviendas anuales, supone para la débil economía española una inversión excesiva en este campo de la vivienda. La oposición parece infundada: una urgencia social de este calibre merece muy bien un 4 por ciento de la renta nacional. Véase: *La vivienda y el crecimiento económico*. Estudios hispánicos de desarrollo económico. Fase III (Instituto de cultura hispánica) Madrid 1957, pag. 51-54.

todo con el concurso de la iniciativa privada, su legítima satisfacción" (5).

Los resabios de liberalismo que mantienen amoral un gran sector de la economía constituyen una de las causas y dificultades más notables en el problema que tratamos.

"La economía moderna, tan celebrada, tan orgullosa de producir cada vez más y cada vez mejor, cada vez más barato, no ha llegado, sin embargo, todavía a satisfacer esta necesidad real del hombre y, sobre todo, de la familia. Necesidad real y no ficticia, como se querría, a veces, insinuar, como si se la pudiera ya satisfacer con los turgorios de los primitivos nómadas y con el pisito elegante dotado de todo confort moderno, pero donde no hay sitio para el niño" (6).

Un principio de ética social

Hace veinte años se hablaba mucho de "espacio vital". Mucho se ha escrito sobre esta exigencia y sobre el uso que de ella hicieron los estados totalitarios en apoyo de su política internacional. Por encima de todo permanece indiscutible que cada hombre, cada familia, cada pueblo, tiene derecho a un espacio mínimo.

"¿No se debería ante todo, pensar en el espacio vital de la familia y librarla de las ataduras de condiciones que ni siquiera permiten la idea de la formación del propio hogar?" (7).

En días ahitos de guerra, pide el Sumo Pontífice para la "familia, célula insustituible del pueblo, espacio,

(5) *Ecclesia*, 1949, I, pág. 397.

(6) *Ecclesia*, l. c.

Salta a la vista que este tipo de construcciones reducidas, tanto para las clases medias como para las proletarias, parece una inducción o invitación a la limitación de la natalidad.

(7) *Ecclesia*, 1941, 13, pag. 21.

luz y desahogo" (8), si no queremos renunciar a que "la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la sociedad" (9).

Fundamento teológico-pastoral

"Da horror considerar los impedimentos que el estado totalmente inadmisiblemente de la vivienda crea a la unión y a la intimidad de la vida familiar" (10).

No es hipérbole oratoria. Cualquiera que haya entrado en chabolas y casas de vecinos ha podido comprobar, por ejemplo, que hijos e hijas no pequeños, duermen en el lecho matrimonial o mezclados en una pequeña habitación.

"¡Que peso se origina en consecuencia para las conciencias cristianas cuando futuros esposos, nuevos hogares domésticos, familias crecientes, no pueden encontrar ningún abrigo o sólo una vivienda insuficiente y con frecuencia demasiado cara! Sólo Dios sabe en cuántos casos similares la debilidad humana ha naufragado en la conducta de vida cristiana y después también en la fe" (11).

Vida de hogar

Fijémosnos en un aspecto nada accidental en el problema: "que el lugar del trabajo y el de la habitación no estén tan separados que hagan del jefe de familia y del educador de los hijos casi un extraño en su propia casa" (12).

La cosa es clara. No hablamos de situaciones creadas por la migración interna. A causa de ella, realizada por el hombre solo y, con frecuencia, a la ventura, se palpa la ruina moral en miles de hogares.

Nos referimos aquí al desplazamiento

diario y hasta semanal del obrero hacia la zona industrial. Si no es fácil preparar una merendilla, su esposa habrá de dejar abandonados largo rato su casa y sus hijos para llevarle la comida. El padre, después del camino de vuelta llegará por la noche rendido, casi sin vigor espiritual para dar un beso a su mujer y a sus hijos. ¿Dónde está el jefe de familia y el educador de los hijos?

Empresa comunitaria

Los grandes barrios proletarios tienen entre otros este grave inconveniente. Mejor nos parece la tendencia a constituir la empresa, industrial o agrícola, en una gran unidad social, administrativa y casi jurisdiccional. Hay ya algún capellán de empresa que la considera como una auténtica parroquia.

¿Qué razón de ser tiene la parroquia sino los lazos y convivencia de unión territorial? ¿Y qué unión o convivencia puede haber entre hombres y mujeres que se pasan la mayor parte del día diseminados en todos los puntos extremos de una gran ciudad?

Por eso no nos parece desacertada la idea de que la teórica unión de una jurisdicción territorial vaya cediendo ante la realidad que se impone de la empresa como comunión de vida y de destino (13).

Caería así por su base la problemática que a la vida de hogar crean las distancias. Sobre todo, en esta vivificación comunitaria estaría el más adecuado complemento de la materialidad de esas "hermosas barriadas en torno a los centros de trabajo" (14) a cuya realización se nos invita.

(13) Resulta, con todo, improcedente pensar en una realización de este estilo mientras los diversos estamentos de la empresa no queden integrados en una corporación íntima, tan horizontal como vertical. Por ahora en el régimen de salariado tal y como se practica, la desvinculación es total; y la convivencia casi resulta odiosa.

(14) *Ecclesia*, 1954, II, pág. 62.

(8) *Ecclesia*, 1943, I, 58.

(9) *Ecclesia*, 1953, I, 57.

(10) Pío XI: *Colección de Encíclicas y Documentos pontificios*, pág. 420. Lo cita Pío XII: *Ecclesia*, 1953, II, pág. 653.

(11) *Ecclesia*, 1953, II, pág. 653.

(12) *Ecclesia*, 1943, I, pág. 58.

Tarea urgente

Frente a la situación creada, "lo primero es darse cuenta de que ante problema tan vasto y urgente es imprescindible el esfuerzo de todos; nadie puede eximirse de hacer lo que buenamente esté a su alcance para aliviar esa necesidad y procurar a miles, a millares de individuos y familias un alojamiento que les asegure un mínimo de higiene y de bienestar, de dignidad y de moralidad" (15).

Todo esfuerzo lleva consigo exigencias ineludibles. Cualquier enfermedad, por leve que sea, lleva consigo una cura más o menos molesta. Y si la enfermedad es grave, la cura generalmente es bien costosa en todos los órdenes.

(15) *Ecclesia*, 1954, II, pág. 61.

Es una necesidad querer curar una enfermedad de esta envergadura a base de cataplasmas. Dirigir una economía privada al margen del problema es inicuo y anticristiano. Gastar capitales, incluso en construir, por caprichos más o menos camuflados, es un crimen social.

Austeridad y jerarquía en la inversión

Los recursos nacionales son escasos. Hasta de mano de obra adecuada se siente una agobiante penuria. Ni siquiera la necesidad justifica siempre ese pulular de grandes edificios, tanto privados como de instituciones sean civiles o eclesiásticas. Porque es deber de conciencia examinar sinceramente si esa necesidad no es aplazable, y no debe por tanto ceder su puesto a la nece-

La vivienda o habitación es una de las necesidades vitales del hombre, uno de los derechos de la persona humana. En el aspecto económico, que en esto no se puede separar del aspecto moral, el hombre necesita alimento, vestido y casa, como dice el Eclesiástico: "Necesarios para la vida son el agua y el pan, el vestido y la casa para abrigo de la desnudez" (29, 28). ¡Qué doloroso es no poder satisfacer alguno de tales derechos!

El concepto cristiano de la casa, en especial cuando se trata de la familia, abarca los diversos fines, a que ésta se dedica. La casa es hogar, santuario, escuela, taller y albergue; propiedades que responden a las diversas funciones propias de la familia, funciones, por otra parte, difícilmente realizables fuera de los muros de la casa o en una que no tenga imprescindibles características.

Pero hoy, desgraciadamente, son muchos, muchísimos los individuos y familias que carecen de casa o viven en condiciones lamentables bajo todo punto de vista. Sin las debidas reglas de higiene, con la imposibilidad de guardar como se debe las reglas morales, impedidos de dar a sus hijos la educación necesaria, careciendo del atractivo de la paz, y del descanso que debe ofrecer el hogar después de la fatiga del trabajo, "da horror pensar —es una cita de la Cuadragesimo Anno— las dificultades que el mal estado de la casa acarrea a la unión y a la intimidad de la vida de familia".

Carta de la Secretaría de Estado de Su Santidad dirigida por Monseñor Montini el 25 de junio de 1954 a la Semana Social de Burgos.

sidad agobiante e ineludible de millones de españoles.

Tampoco podemos pensar que hemos de llegar por ese camino a consolidar una auténtica economía nacional. Es urgente que haya personas capaces de enfrentarse con esta enfermedad social. "Puesto que precisamente estas personas moralmente sanas son las que en todas sus necesidades materiales anteponen lo necesario a lo meramente útil y agradable, y no se dejan, por tanto, arrastrar a un consumo sin freno, cáncer de la presente economía social" (16).

Frente al mesianismo, trabajar y producir

No creemos que sea éste un pecado exclusivo de las clases pudientes. La enfermedad está contagiada como la peste, perforando en vertical todas las clases sociales. Tanto más en las clases proletarias, cuanto que el mesianismo político las ha acostumbrado siempre a esperar pasiva y estúpidamente su redención social.

Es ésta una de las características esenciales del proletariado en cuanto tal. El obrero con tanta casita fabricada en serie, con tanto seguro, con tanta máquina y tanta sirena, se ha despersonificado. No siente la responsabilidad de su vida, y vive gregariamente. Los políticos y técnicos sociales son los pastores de este gran rebaño.

Pedimos con urgencia hombres y familias muy distintos. De tal forma que estén "dispuestos siempre a contribuir en los límites de lo posible, con sus propias energías a la construcción y mantenimiento de su vivienda; y por tanto, también en el futuro, quieran pertenecer a las fuerzas productoras del pueblo y no ser del número de aquellos que esperan o exigen todo únicamente del estado" (17).

(16) *Ecclesia*, 1953, II, pág. 653.

(17) *Ecclesia*, I. c.

Bien común y autoridad

"Ciertamente que debe existir siempre un fuerte poder público que provea con energía y con método. Las autoridades competentes no pueden ni deben, sin duda, sustraer directa o indirectamente a la propiedad todo incremento derivado en exclusiva de la evolución de las circunstancias locales; pero la función social de la propiedad exige que tal ganancia no impida a los otros satisfacer convenientemente y a precio justo una necesidad tan esencial como es la vivienda", (18).

El Vicario de Cristo continúa con esta apremiante recomendación: "Combatid, por todos los medios que el bien común justifica, la usura fundiaria y toda especulación financiera económicamente improductiva con un bien tan importante como el suelo" (19).

Enunciando posibilidades

Como fin de esta nota, damos de pasada, un bosquejo de actividades concretas propuestas por el Pontífice:

Entidades de carácter benéfico destinadas a la construcción; barriadas en torno a los centros de trabajo construídas por las mismas empresas; impulso del Estado y apoyo a la iniciativa privada: con aportaciones pecuniarias y, sobre todo, con una adecuada legislación fiscal...

Desde un punto de vista más amplio y profundo, el mismo Pontífice enuncia tres ideas que pueden ser consideradas como el firme trípode que ha de sostener la solución definitiva: "el desarrollo de la *técnica moderna*, la constitución de formas adaptadas al *derecho positivo* y, sobre todo, un pacífico *reflorecimiento de la economía nacional*, en especial del aumento de bienes en todas las clases del pueblo" (20).

(18) *Ecclesia*, I. c.

(19) *Ecclesia*, I. c.

(20) *Ecclesia*, I. c.

Técnica y derecho

El influjo de la técnica es cada día más decisivo. De su desarrollo cabe esperar no sólo procedimientos de construcción más expeditivos y eficaces, sino además una liberación de la angustia de materiales. Hace falta modernizar con urgencia nuestras fábricas de cemento y material cerámico, y toda nuestra siderurgia. El retraso técnico es tan antisocial como antieconómico.

Para este desarrollo en España es urgente jerarquizar más aún nuestras inversiones de divisas en el comercio exterior. No hay derecho, hoy por hoy, a malgastarlas en artículos de lujo o de mayor comodidad.

Y ante un mundo nuevo que se deja ver en todos los órdenes de cosas, es también urgente un reajuste en las formas del derecho. Un articulado jurídico puede quedar anticuado y convertirse en un fósil.

Los principios son eternos porque emanan de la esencia misma de Dios. Pero la aplicación de esos principios es fruto de cada momento de historia. Permítasenos un ejemplo vulgar: robar siempre fué y será ilícito. Pero llega la hora en que la Guardia Civil ha de apresar a los especuladores de solares como a vulgares ladrones de habas o garbanzos.



Riqueza y bienestar

El Papa habla de "reflorecimiento de la economía". Es que la riqueza por sí misma no es anticristiana, como alguien ha podido creer. Es sólo una "criatura de Dios", en lenguaje ignaciano. Los hombres podemos utilizarla en un sentido egoísta y perverso. Pero también podemos valernos de ella como instrumento de una mística interior de justicia y caridad.

No queremos un "reflorecimiento de la economía" que sea patrimonio de una clase social. Repugna la fisonomía del gran señor que se regodea en millones estériles, mientras los sectores de mayor trascendencia social dentro de la economía nacional están sedientos de capital.

No hay derecho a hablar de bienestar, ni de riqueza, ni siquiera de orden público, mientras la masa del pueblo sufra graves dificultades en su vida. Y en particular nos fijamos hoy en esa falta agobiante de vivienda digna y asequible.

Es misión de todos procurar por todos los medios un equilibrado desarrollo económico que, sobre todo, lleve consigo "un aumento de bienes en todas las clases del pueblo".